ECOS DE LA PALABRA

Seguir a Jesús en pobreza y humildad

Reflexiones sobre el evangelio de Lucas 14,1.7-14 (XXII Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo C)

Hay dos palabras en los evangelios que nos ayudan a clarificar el modo como estamos llamados a ser seguidores y discípulos de Jesús: la pobreza y la humildad. El seguimiento de Jesús en pobreza y a favor de los pobres, gracias a Dios y a un sector importante de la Iglesia (aunque muchas veces discutido y en ocasiones perseguido), va ocupando un lugar relevante en la comunidad de los creyentes de manera que la opción por los pobres y los esfuerzos por vivir de una manera más austera -como las familias sencillas de nuestros pueblos y ciudades-, nos resultan cada vez más cercanas y nos mueven a una mayor radicalidad evangélica. Sé que aún hay mucho por hacer para que la cultura de la austeridad compartida y la superación de las causas del empobrecimiento de muchos hermanos lleguen a su máxima expresión, pero, estamos en camino. Para la reflexión de la segunda palabra, la humildad, nos ayuda el evangelio de Lucas que la Iglesia nos propone para este domingo.

Todas las personas somos iguales. Tenemos que reconocer que, en no pocas ocasiones, tenemos la tentación de sentirnos mejores o superiores que los demás y buscamos palabras, signos y gestos que evidencien nuestra “supremacía” como pueden ser la búsqueda de puestos de honor o el reconocimiento de nuestros títulos. Pero, desde los valores del Reino, esto no es así. Cuando creemos y reconocemos la paternidad de Dios sobre toda la humanidad estamos afirmando la igualdad fundamental que existe entre todos los seres humanos pues, sin excepción alguna, a todos se nos ha dado la gracia de ser hijos en el Hijo y, como una lógica consecuencia, hermanos. Esta igualdad fundamental no excluye el que en la comunidad haya diversos servicios y funciones en orden a su crecimiento y organización. Lo que si debemos tratar de evitar es que, en aras de la diversidad de funciones, empecemos a marginar a algunos miembros de la comunidad dando origen a ciudadanos y hermanos de segunda categoría en los que recaen aquellos servicios humildes y sencillos y a los que se les excluye de los bienes necesarios para una vida con dignidad. Yo creo que en el corazón de Dios no cabe ninguna distinción, el soñó y sueña una sociedad igualitaria donde todas y todos quepamos y en donde se nos reconoce a todos una misma dignidad.

Desde esta conciencia de la igualdad fundamental de todos los seres humanos, conviene advertir que con la actual cultura de las alfombras rojas y de los “famosos” estamos generando un código comunicativo perverso que crea distancias entre personas y que hace que creamos que hay personas de primera que firman autógrafos y salen en la televisión y personas de segunda que pasan la noche haciendo fila para poder saludar de lejos a sus “ídolos”.

Humildad y verdad. Vivir humildemente implica el reconocer nuestra verdad. Reconocer nuestras limitaciones y fragilidades por un lado y los dones y talentos que Dios nos ha dado por el otro. Cuando somos capaces de integrar en nuestro proyecto de vida las carencias, nos abrimos más fácilmente a los otros que vienen en nuestra ayuda, no para acentuar la fragilidad, sino para complementarnos y hacer más plena nuestra existencia. Dice el jesuita Darío Mollá que, de vez en cuando, es bueno hacer unos “ejercicios de adelgazamiento del ego” para tomar conciencia y aceptar con humildad que para poder llevar a buen puerto nuestros proyectos necesitamos del don de los demás. Igualmente, es saludable integrar nuestras potencialidades, aquello que nos damos cuenta que hacemos bien, para ponerlas al servicio de los otros sin esperar reconocimientos o alabanzas que nos engrandezcan.

A este respecto, conviene que nos prevengamos sobre la falsa humildad que en últimas lo que pretende es que se pongan de relieve las potencialidades que tenemos. Sentarnos atrás, como invita el evangelio, **sabiendo** que vendrán a llevarnos a los puestos de adelante sería una interpretación equivocada de la humildad a la que nos invita Jesús.

Seguir a Jesús pobre y humilde, dos actitudes exigentes para las que pedimos la fuerza de la gracia para poderla integrar en nuestro modo de proceder.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona